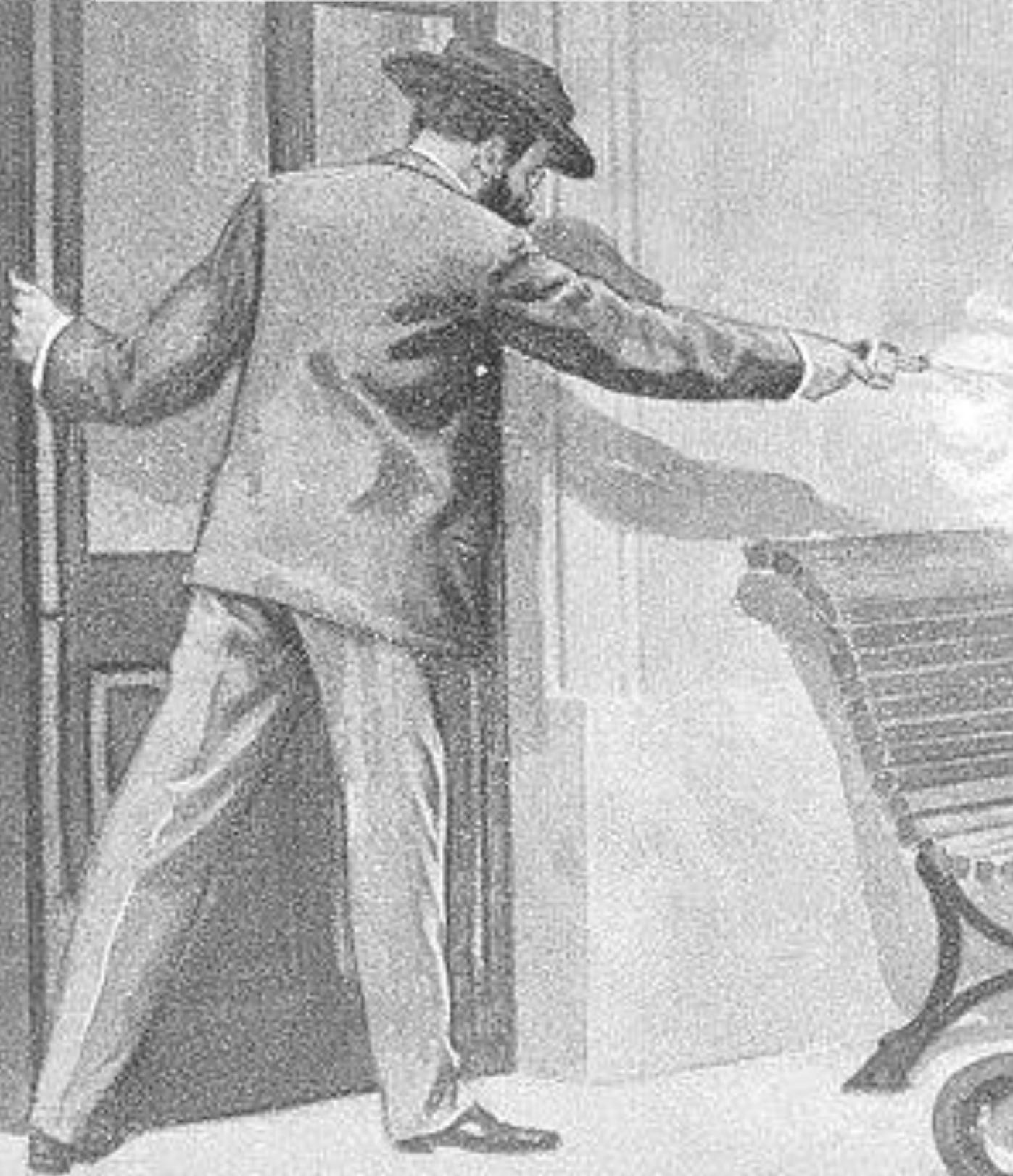


# LA IMPRONTA DE LA VIDA

HISTORIA DE UNA BALA





# LA IMPRONTA DE LA VIDA

*Dedicado a Alfredo Cospito y Nicola Gai*

Lo recuerdo como si fuera ayer. Sombrero gris, saco largo negro y, lo más importante, la pistola en la cintura. Una Colt 45, regalo de un viejo amigo. Dos balas alcanzarían. No se porque lo de dos balas nada más. Algo así como un ritual, supongo. Un tiro en el pecho primero y en la cabeza después. ¿Y si fallaba? ¿Si dos balas no eran suficientes? Si fallaba y si dos balas no eran suficientes viviría con el fracaso de no haberlo podido hacer con dos balas. No se, capaz que es solo terquedad mía.

Una vez listo, salgo al encuentro de mi objetivo. ¿Mi objetivo? Ah, si, si. Disculpen, estas tremendas ganas de contar mi historia hizo que me olvide de contarles mi objetivo. Un policía. Un simple policía que pasea todas las noches por Sarmiento, cerca de Plaza Miserere. No se cómo se llama, ni cuántos años tiene, ni dónde vive, ni con quién. No me importa nada de eso. Solo me importa acabar con el. Su muerte significaría para mí una gran satisfacción. No es venganza, para nada. No se si es o no una acción política. Es placer.

Así que decidido, con más miedo que convicción me acerco al oficial y lo llamo con la voz un poco temblorosa:

-Disculpe, señor, ¿le podría hacer una pregunta?

En ese preciso momento que voltea completamente para responderme, sin que pueda pronunciar ni una sola palabra, saco el arma y le disparo. Como había previsto: un tiro en el pecho y uno en la cabeza. Después, huyo caminando, nadie sospecha de un viejo.

Así, mataba a mi primer policía. Sí, “primer policía”. Vendrían 185 policías más. La prensa cuenta un poco más de trescientos. Después del quinto policía asesinado en un mes todo oficial muerto era responsabilidad mía. Otra víctima de “El loco de las dos balas”, “El mata-policía”, “El Anarquista”. El último es el que más me gusta, pero debo reconocer que no se muy bien qué es ser “anarquista”. Apenas si se leer, escribir y contar. Nunca terminé un libro, apenas si leo el diario. Además, por lo que se, algunos de estos “anarquistas” no me llaman “compañero”, dicen estar ocupados en otras cosas. Que se yo, no me importa mucho.

Ya lo dije antes, mataba policías por placer. Y si, “mataba”. Nada es para siempre.

Era invierno y me disponía a matar al policía numero 186. Con el frío mi enfermedad se acentúa bastante. Ah, no les conté, casi me olvido. Sufro de artrosis hace unos cuantos años. Cada vez cuesta más llevar mis huesos conmigo. Quizás eso me llevó a estar solo. No me gusta que me tengan lástima y, a decir verdad, no me gusta la gente. Los odio. Una vez me enamoré, pero bueno, como dije antes, nada es para siempre. Decía que no le gustaba que durmiera con el arma cargada debajo de la almohada, yo le decía que era por si acaso. ¿Por si acaso qué? Me preguntaba. Yo no contestaba. De hecho no se muy bien por qué lo hacía. Pero cómo explicar lo inexplicable. Así que se fue. “Espero que el arma te pueda dar lo que yo no pude”, dejó escrito en una carta. Y aunque cada policía muerto no se asemejó nunca a sus abrazos, se acercó bastante.

Pero bueno, retomemos. Como dije, me disponía a matar al policía número 186, pero no saldría como lo esperaba. Como siempre, sombrero gris, saco largo negro y el revólver en la cintura con dos balas.

-Disculpe, señor, ¿le podría hacer una pregunta?

Después de disparar el primer tiro en el pecho una puntada profunda invade mi mano, haciendo que el disparo que iba en la cabeza termine impactando en la pared. Inmediatamente me dispongo a correr. En ese instante, siento la bala entrando en mi pierna derecha, muy cerca de la rodilla. El muy desgraciado, medio moribundo, alcanza a dispararme desde el suelo. Y lo seguía haciendo pero sin atinar. El ruido de los disparos alertó a la gente que salió rápidamente a mi encuentro. Me reconocieron. Los diarios se encargaron de difundir un identikit que habían realizado en base a las declaraciones de algunos testigos. Yo, rengo y todo, corrí como nunca pero sabía que era inútil. Sin más balas en el revólver pensé en entregarme con el dolor que eso implicaría. Entregarme a mis enemigos, la gente y los policías que venían como perros rabiosos a saciar su sed de venganza. Eso jamás. En ese momento, un ruido parecía llegar a mis oídos como un regalo. Era la sirena del tren que se acercaba. Haciendo un último esfuerzo, y con la policía y la turba justiciera pisándome los talones, me arrojo a las vías haciendo que el tren me destruya por completo.

Nuevamente, salí en primera plana de todos los diarios. “El loco de las dos balas se suicida luego de quedar rodeado por la policía”. El bastardo que me disparó murió por el balazo en el pecho, camino al hospital.

Y aunque la prensa anunció mi muerte, debo confesarles algo: estoy más vivo que nunca. Esperen, no se alarmen. Es cierto, el tren me mutiló. Pero desde ese día vivo en cada bala que apunta contra el poder.

Es más, ahora mismo voy escribiendo esto, tambaleándome dentro del arma de unos descocidos. Hoy voy a gritar de rabia hasta morir en la rodilla del director ejecutivo de una firma nuclear.

Hoy voy a ver la cara de miedo de Roberto Adinolfi.

*“Las ideas nacen de los hechos, las palabras acompañadas de la acción llevan la impronta de la vida. Hemos dejado cojo a Roberto Adinolfi, uno de los tantos hechiceros del átomo de ánimo cándida y conciencia tranquila”*

Núcleo Olga - FAI/FRI



